

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN INAUGURACION DEL XI
CONGRESO DE LA ASOCIACION LATINOAMERICANA DE
FACULTADES DE MEDICINA "ALANAM"

SANTIAGO, 28 de Mayo de 1992.

Señoras y señores:

En primer lugar, agradezco profundamente la oportunidad que me brinda la Academia de Medicina de participar en este acto. Constituye para mí un alto honor poder razonar ante un cuerpo tan selecto de compatriotas latinoamericanos, vinculados a esa actividad tan trascendental para la vida humana que es la medicina, y también estar en esta casa, la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, a la cual, me impongo, hacía más de 100 años no venía un Presidente de la República.

Cuando el doctor Roa me invitó a participar en este acto, mi primera reacción fue de temor, ¿"qué voy a hablar yo sobre **Bioética**"? Pero ante su insistencia estuve dispuesto a concurrir, fundamentalmente, porque creo que todo lo que se haga para formar y vigorizar la conciencia de los seres humanos, de las sociedades, acerca de la importancia de la ética, de la moral en la vida de las sociedades, es digno de destacarse y de ser impulsado.

Por eso, atribuyo mucha importancia a este encuentro. Hablar de **Bioética** es plantearse las trascendentales cuestiones que surgen ante el inmenso poder que los avances de la ciencia y de las tecnologías biológicas y médicas han dado al hombre sobre la vida humana.

El poder lleva envuelta siempre la tentación de usarlo para cualquier cosa que se quiera, y no precisamente para aquello que se debe. El problema ético, en consecuencia, es la concordancia entre lo que se puede, lo que se quiere y lo que se debe.

Esta tentación existe, sin duda, no sólo en el campo de las ciencias médicas; existe en toda actividad humana, en cuanto criatura imperfecta -para los cristianos, caída o lesionada-. El hombre se encuentra a cada instante con que, como San Pablo, no hace el bien que quiere -y que debe, diría yo- y hace el mal que no quiere ni debe.

Y esto que ocurre en este campo tan delicado, que trabaja con la salud y la vida humana, ocurre también en la política, en la actividad que consiste en el gobierno de los pueblos. La política también entraña ejercicio de poder y envuelve la tentación de abusar de ese poder. Más. Se ha dicho, en una frase de **Lord Ashton**, que "el poder -el poder político- tiende a corromper y el poder absoluto tiende a corromperse absolutamente".

De allí que la política sea generalmente mirada, en la opinión común, y aún en la de personas de rango intelectual, como algo deleznable, turbio. **Ortega y Gasset** escribe un ensayo que titula "**Mirabeau o el político**". Para él, el político reflejado en **Mirabeau** es un hombre con inmensa habilidad, con grandes aptitudes, pero sin ninguna conciencia del bien y el mal y claramente pervertido.

Stefan Zweig escribe una biografía de **Fouché** y la subtitula "Retrato de un político". Todos sabemos que **Fouché** representa el prototipo del hombre público que es inconsecuente, que busca trepar por cualquier medio y que no trepida en la traición y en los peores defectos y crímenes.

Maquiavelo legitima la inmoralidad política. En el fondo no niega la moral; lo que niega es que los valores morales tengan aplicación en el campo político. El le recomienda al Príncipe no ser bueno cuando no le convenga o lo perjudique, y le recomienda ser malo, cruel, violento, desleal, si eso le conviene y le es útil. Lo importante para él es el poder. El fin de la política sería el poder. Y ese fin, adquirir el poder, ejercerlo, mantenerlo, gozarlo, sería, en último término, lo que justificaría cualquier clase de medios.

Por mi parte, pienso que no hay actividad humana que se substraiga a la moral. La ética es, por definición, la rama de la filosofía que se ocupa de los actos humanos en cuanto al bien o al mal que ellos entrañan.

Como lo exponía en su interesante disertación Armando Roa, la conducta humana difiere de la animal -y ustedes lo saben mejor que yo- porque el animal se guía exclusivamente por instintos, mientras que el ser humano dispone de tres atributos que le han sido donados y que forman parte de su naturaleza, que son la inteligencia, la voluntad y la libertad.

La inteligencia o razón permite al hombre distinguir lo bueno de lo malo. La voluntad le permite adecuar sus actos a esa razón; en otros términos, manejar su conducta conforme a los dictados de su razón. Y la libertad le permite escoger entre dejarse llevar por el instinto, por la pasión, o sujetar su conducta a esos dictados racionales.

Esto lleva al hombre a formarse una escala de valores o de principios en torno a lo que es bueno y lo que es malo; distinguir la verdad de la falsedad y querer la verdad en vez de la mentira; querer la justicia en vez de la arbitrariedad; querer la libertad en vez de la tiranía, querer la paz en vez de la guerra; querer el amor en vez del odio. Verdad, justicia, libertad, paz, amor, son valores que inspiran la conducta humana conforme a una recta conciencia.

La política se ocupa del gobierno de los pueblos, y los pueblos están formados por seres humanos que tienen estas características. Cuando decimos que el fin de la política es realizar el bien común, estamos diciendo que la política procura crear las condiciones para hacer posible a los hombres el logro de su propio bien y perfección. Procura mejorar la vida humana, para una nación, para el mundo, para la humanidad.

Así entendido, el poder no es el fin de la política. El fin de la actividad política es el bien común, la buena vida humana para la sociedad, la capacidad de todos los seres humanos de realizarse plenamente y llegar a la perfección en su calidad de personas, conviviendo colectivamente, porque vivir es convivir, porque no hay hombre sólo y, en consecuencia, nadie puede perseguir su bien aislado del conjunto de la sociedad en que vive.

El poder es un simple medio. Y quienes tenemos una formación democrática, creemos que el poder, en definitiva, pertenece al pueblo; es lógico entender, en consecuencia, que ese poder ha de ejercerse o emplearse para el bien del pueblo.

¿Cómo se compatibiliza esto con el concepto de éxito en política? En el lenguaje común, en la vida diaria, se entiende que el éxito en política va ligado a la conquista y a la retención del poder. Tiene éxito el que gana el poder y mantiene el éxito en la medida en que sea capaz de conservar el poder.

Esta visión yo creo que olvida el contenido ético y el verdadero fin de la política, a que antes me referí, porque conduce a que a cambio de ganar el poder o conservarlo se puedan violar los principios éticos que antes señalé; a cambio de ganar el poder o conservarlo se puede, dentro de esta concepción, cometer abusos, cometer fraudes, ejecutar arbitrariedades, cometer crímenes. Si el fin es el poder, ese fin justifica cualquier clase de medios.

Pero si miramos la política con sentido histórico y vemos lo que ha pasado a través de los siglos en la evolución de los pueblos y en nuestra propia historia, veremos que el éxito de conquistar y retener el poder por sí sólo es siempre transitorio, y muchas veces el precio que por él se paga se traduce en sacrificio del bien común, en daño al pueblo y a su historia, a la propia nación, y que los políticos y los gobernantes que, en definitiva, dejan mayor huella, no son los que han buscado el poder, sino los que han usado ese poder conforme a principios éticos, con sentido histórico, para mejorar la vida de sus pueblos, para satisfacer necesidades colectivas, para el progreso de la sociedad, aún cuando esa conducta los haya llevado a perder el poder.

En síntesis, para mí jamás el fin justifica los medios. El orden de los medios debe corresponder al de los fines.

Dentro de esta perspectiva, el político se encuentra con algo con que ustedes los médicos también se encuentran; con que su posibilidad de realizar el bien está limitada por las circunstancias. Ortega y Gasset dice "yo soy yo y mi circunstancia". La circunstancia, los aspectos de hecho, temporales, de espacio, en que toca actuar, muy a menudo condicionan o limitan la posibilidad de realizar el bien.

Esto no debe llevar, ni a los médicos ni a los políticos, a caer en un pesimismo fatalista. Trabajamos dentro de las circunstancias y ellas nos obligan a tratar de procurar el bien, en la medida de lo posible. Y a menudo, esa medida de lo posible no satisface nuestros anhelos éticos. A menudo el médico, como el político, tiene que escoger simplemente el mal menor. Las circunstancias no le abren puertas hacia soluciones ideales. Todas las soluciones son relativamente malas, y la conciencia ética, en ese caso, nos exige hacer todo lo posible por obtener lo que sea menos malo.

Perdónenme ustedes la modestia de estas reflexiones. Hubiera querido traer un trabajo académico, sesudo, escrito, pero los

afanes del cargo que desempeño no me han permitido elaborarlo como eran mis deseos.

Pero al compartir con ustedes estas reflexiones creo poner de relieve cierta identidad o analogía entre la política y la medicina. Una y otra son actividades al servicio de la vida. Ustedes, los médicos, trabajan con el conocimiento de la ciencia para defender y mejorar la vida humana. Los políticos, en nuestra tarea de tratar de realizar el bien común, tenemos como meta tratar de construir la buena vida humana para todos nuestros semejantes.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 28 de Mayo de 1992.

MLS/EMS